

APRENDER DE LA ESPIRITUALIDAD DEL NIÑO

PEDRO RODRÍGUEZ PANIZO*

Fecha de recepción: febrero de 2019

Fecha de aceptación y versión final: marzo de 2019

RESUMEN

El Nuevo Testamento llama a la vez a ser adultos y a no perder la nobleza de la infancia. El discernimiento del cristiano debe ser especialmente lúcido sobre la índole de esta infancia. El artículo explora su sentido exacto e invita a no perder jamás la capacidad de agradecimiento y la humildad.

PALABRAS CLAVE: infancia, don, agradecimiento, asombro, inmadurez, heroísmo.

LEARNING FROM CHILD SPIRITUALITY

SUMMARY

The New Testament calls upon us to be like adults whilst not losing the nobility of childhood. Christian discernment should be especially unequivocal about the nature of this childhood. The article explores its exact meaning and encourages us never to lose our capacity for gratitude and humility.

KEY WORDS: childhood, gift, gratitude, wonder, immaturity, heroism.

Una de las metáforas más recurrentes en los maestros de la vida espiritual es la del crecimiento. Un como camino interior hacia la madurez creyente,

* Profesor de Teología Fundamental. Universidad Pontificia Comillas. panizo@comillas.edu

lleno también de etapas y dificultades. «Cuando yo era niño, hablaba como niño, razonaba como niño; al hacerme hombre, he dejado las cosas de niño» (1Cor 13, 11). El mismo Pablo anima a los cristianos de Corinto, y a los de todos los tiempos, a no actuar como niños en la manera de juzgar, sino a tener «la inocencia del niño en lo que se refiere al mal», siendo «adultos en vuestros criterios» (1Cor 14, 20). Lo que parecería una contradicción con el pasaje de Mc 10, 13-16 donde Jesús, al indignarse del comportamiento de los discípulos que quieren impedir a los niños acercarse a él, dice: «Os aseguro que el que no reciba el Reino de Dios como un niño (*paidíon*), no entrará en él».

En realidad, se está aquí ante uno de esos *campos de inmanencia* de los que habló tan lúcidamente Adolphe Gesché. Que el Nuevo Testamento nos inste encarecidamente a la madurez, y, al mismo tiempo, nos invite a nacer de nuevo, genera la holgura necesaria para que los datos en cuestión no sólo se iluminen, corrijan y «relativicen» mutuamente, sino que apunten a un misterio mayor, dando que pensar sobre el sentido más hondo de la infancia de espíritu propia de todo creyente, aunque sea adulto. Jesús le recuerda a Nicodemo que, como maestro de Israel, debería saber estas cosas (ver Jn 3, 10). Dice a este respecto Teresa de Ávila: «Mas un niño, después que crece y echa gran cuerpo y ya le tiene de hombre, no torna a decrecer y a tener pequeño cuerpo. Acá sí, a lo que yo he visto por mí, que no lo sé por más» (*Vida*, 15, 12). Es necesario, entonces, reflexionar sobre el sentido exacto de esa infancia que se pide al cristiano siendo en todo bien adulto.

Y lo primero en ese esfuerzo sea, quizá, comenzar por parar mientes en las formas de «mala infancia» del adulto. Los análisis de Blondel, en los primeros capítulos de *L'action* (1893), sobre el diletante y el esteticista, podrían leerse como formas de un regreso a la infancia del niño mimado o del señorito. Quererlo todo, sin espera, sin deseo acendrado por la esperanza, sin distancia; ya, ahora, en este momento, para abandonarlo una vez conseguido, sin comprometerse nunca con nada porque, en el fondo, sólo se quiere a sí mismo, con la conciencia cierta de que no hay nada antes, después o fuera de él. Creer que no se tiene doctrina alguna, siendo precisamente ésta la que se profesa de hecho: no tener ninguna;

sustituir la obligación ética por una fantasía infinita que rompe la unidad de acción del sujeto por el capricho personal que nunca se conforma con nada. En definitiva, cerrarse a la alteridad del otro que reclama en su fragilidad mi entrega servicial, porque lo impide un ego catedralicio. Lo que no anda lejos de los análisis de Kierkegaard sobre la desesperación de quien quiere ser sí mismo a costa de lo que sea. El esteticista no sería sino la versión práctica de esta «teoría» imposible de vivir hasta el fondo sin flagrante contradicción existencial.

Una versión más inquietante del donjuanismo vital anterior es la que señala, con gran espíritu de finura, Miguel García-Baró en el capítulo primero de su obra *La filosofía como sábado* (Madrid 2016). El que, cansado y abrumado por las responsabilidades y la carga de la madurez, regresa al supuesto paraíso de la adolescencia, cortando todo vínculo con los que antes valoraba más que a sí mismo, para vagar libre por la ilusión de una nueva vida preocupada sólo por él. Apuntarse a todas las modas, con dos milímetros de profundidad, viajar al último rincón del planeta, sin que lo mueva el interés por saber y ser, sino tan sólo aprovechar cuanto se pueda el tiempo que queda de esta vida finita, para sentirla en cada poro de la piel, antes de la desaparición total. Como si todo le estuviera permitido en un juego sin fin. ¡Pero hasta un niño de doce años quiere que las tortugas que le han regalado sean felices, y gasta sus ahorros y su tiempo cuidándolas, aprendiendo a salir de su propio amor, querer e interés! Magnífica lección para cuando llegue el caso serio de cuidar y servir a sus prójimos.

No conviene desestimar el infantilismo crónico del señorito. Ortega lo veía como una de las crisis de Europa en *La rebelión de las masas* (1930). Se trata de la ingratitud de quien ha recibido una herencia muy valiosa y no hace nada por su estimación, por asumirla y hacerla avanzar de modo creativo. El hijo de la casa que cree que la sombra alargada de sus egregios antepasados se proyecta sobre él por el mero hecho de haber nacido en ella, estando a años luz de cuantos le han precedido, en la ingenua creencia de que todo lo conseguido por ellos está ahí, a la mano, como están las cosas de la naturaleza. Pero quien desdeña la invitación a la búsqueda de la verdad, a la responsabilidad radical por ella, se expone de inmediato

al peligro de hacer daño a sus semejantes. De ahí la necesidad de que las virtudes llamadas cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza) vengan puestas de casa cuando se llega a la formación académica. De otro modo, todo lo aprendido sería una ocasión más para imponerse a los que, por los avatares de la fortuna, no tienen formación. ¡Tanto como poner una pistola en manos de un niño!

¿Cuál es, entonces, el núcleo esencial de la llamada a recibir el Reino de Dios como un niño? En un *logion* del Evangelio de Lucas, Jesús, lleno de la alegría del Espíritu, afirma: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los niñitos (*nepíois*)» (Lc 10, 21-22). No hace falta recordar que, en la antigüedad greco-romana, incluida la Palestina del siglo I, el niño era insignificante, pues todavía no se le considera hombre del todo. A su fragilidad y vulnerabilidad máximas, se unen su indefensión ante el mal, el abuso y la crueldad de quien desoye la voz imperiosa del deber de protegerlo, respetarlo y educarlo. La lectura corriente de Mc 10, 15, parecería indicar que el adulto debe recibir el Reino de Dios como lo recibe un niño, lleno de la inocencia y la simplicidad de quien es pequeño e insignificante y se confía totalmente, sin resistencia alguna, en los brazos de su Padre. Como ha señalado Camille Focant, siguiendo a los exegetas Stegemann y Wackelt, existe otra lectura posible si, en vez de leer niño (*paidion*) como sujeto (nominativo), se considera como complemento de objeto directo (acusativo), de modo que el Reino de Dios ha de ser recibido como se recibe a un niño; es decir, como un don maravilloso que despierta lo mejor que hay en nosotros en un acto de total trascendimiento, al ser desarmados y enriquecidos por su pobreza¹.

No cubrir de orgullo y prepotencia nuestra fragilidad; estar desarmados frente al mal, al que sólo se puede combatir a fuerza de bien. Renunciar al dominio y a la posesión de los que se quieren, como dice bellamente Jean Lacroix: «amar significa prometer y prometerse que nunca se van a utilizar los medios de poder con el ser amado, y confiarse por entero a la

1. Cf. C. FOCANT, *L'évangile selon Marc*, Cerf, Paris 2004, 378-383.

oración»², son expresiones de la noble infancia del adulto que habría que implorar no perder jamás. Hay aquí, todavía, un criterio infalible para calibrar la bondad de todo amor: «dime como amas y te diré como eres»³. Todo esto poco tiene que ver con el infantilismo. Más bien corresponde a una existencia agradecida, y, por tanto, eucarística y humilde, capaz de maravillarse de todo lo valioso, porque no se han perdido los ojos de la infancia; pero, al mismo tiempo, ver en todo su abismo la maldad del mal, sin reprimir la vergüenza cuando puede salir de nosotros hacia nuestros prójimos, hasta en cosas en apariencia insignificantes, y ello no lleva a la desesperación de Judas, sino a la apertura al perdón y a la justicia, y a ponerse en manos de Dios que es más grande que nuestra conciencia.

Y que decir del tiempo, tasado como lo tenemos en nuestras agendas, y vendido en cada minuto. Bien es verdad que la salida de la infancia es precisamente el choque brutal con su fugacidad no vuelve ni tropieza (Quevedo), con la precariedad de la vida en él, con la contingencia de todo lo real y el carácter finito de la existencia, pero ¿no consistirá la nobleza de la segunda ingenuidad adulta en no acapararlo ávidamente como una presa, yendo demasiado a lo propio? Recibido como un don maravilloso, que hace posible la insondable belleza de este mundo, y precisamente por vivir su condición finita, tener el heroísmo de regalarlo sin medida a la búsqueda de la verdad y al compromiso en historias dramáticas de amor al prójimo. Encontrar a Dios en todas las cosas, en cada instante, sólo es posible cuando el agradecimiento y la humildad han estructurado de tal modo nuestro ser que nos hacen estar desarmados ante el advenimiento permanente de Dios en cada hombre y en cada acontecimiento.

No hay figura más hermosa y estimulante de esta noble infancia adulta que don Quijote. Lo ha contado recientemente Javier Gomá en unas páginas admirables⁴. Como es de sobra conocido, en la primera parte del libro (1605), don Quijote sublima la experiencia cotidiana en el molde

2. J. LACROIX, *El deseo y los deseos*, Persona, Madrid 2010, 126.

3. E. JÜNGEL, *Gott als Geheimnis der Welt*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen 1977, 433.

4. Cf. J. GOMÁ LANZÓN, *La imagen de tu vida*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2017, 66-72.

de la caballería andante. Va por la vida alucinando una realidad que no ve como realmente es; de ahí el efecto cómico: «Admirable por sus razones, [...] ridículo por sus acciones»⁵. Diez años después, en la segunda parte (1615), Cervantes ha transformado al personaje. Ahora ve las cosas como son, con una gran lucidez; son los demás los que le engañan de forma inmisericorde con todo tipo de artimañas (¡es admirable, en este sentido, el capítulo 10 de la segunda parte, del encantamiento de Dulcinea!), pero don Quijote no se desanima, ni cede al desaliento ni a perder la esperanza. No se vuelve un escéptico irónico y cínico, al modo de la lucidez extremada de Hamlet. No se transforma en un desengañado que está de vuelta de todo, cansado de sufrir trabajos, prisiones y encantos (ver I, 50). No desdice del ideal de vivir para los demás, especialmente para los que sufren, sino que renueva su esperanza y su entusiasmo con un nuevo anhelo por lo bueno, lo bello, lo justo y lo verdadero. Ortega hablaba de su *alcionismo*. El alción es el martín pescador (*Alcedo atthis*) mitológico que pone su nido y sus huevos en medio del invierno. Eolo, compadecido, para los vientos hasta que termine de criar a sus polluelos. Toda una imagen del hombre valiente que se mantiene firme ante el envite de todas las tempestades de la vida, sin declinar de la esperanza, de la fe y del amor.

En uno de los pasajes más extraordinarios de la prosa castellana, la dedicatoria del *Persiles*, cuando Cervantes está a punto de morir, escribe: «Puesto ya el pie en el estribo, / con las ansias de la muerte, / gran señor, ésta te escribo. // Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir». Todo lo demás es infantilismo, puerilidad fuera de tiempo, y posibilidad de hacer daño a nuestros prójimos. El filósofo sabio y bueno que fue Blondel, para el que la filosofía era la santidad de la razón, escribió en su diario íntimo el 24 de diciembre de 1889 una oración que bien podemos hacer nuestra: «Haz entonces que vuelva a ser un niño pequeño para entenderte, gustarte y recibirte. Haz que vuelva a ser bueno y dócil colegial otra vez para pensar sólo en mis “deberes”, para verte en todas partes, para hacerlo cada día y cada hora»⁶.

5. *Ibid.*, 67.

6. M. BLONDEL, *Carnets intimes* (1883-1894), Cerf, Paris 1961, 292.